CUIDAR LA DIMENSIÓN RELACIONAL: EL ARTE DE SER HERMANAS Y HERMANOS.

Hna. Teresa Maya, CCVI1

Resumen

La autora invita a enfrentar el miedo para ser auténticas/os "artesanas/os del cuidado". Esto se logra saliendo y escuchando, a fin de con-dolernos del otro y conmovernos de su dolor. En otras palabras, necesitamos que el grito de Dios nos sacuda. La reflexión tiene tres partes: Una vida comunitaria oxigenada, ¿Qué asfixia la comunidad? y ¿Qué oxigena la comunidad? Siempre con el propósito de cuidar la dimensión relacional, e invitando a abrir las ventanas, a llenar de oxígeno a nuestras comunidades, de la "neuma" del Espíritu.

Palabras clave: comunidad, confianza, sinodalidad, itinerancia, trauma generacional, clave misionera.

La Confederación Latinoamericana de Religiosas/os (CLAR) nos convoca en tiempos de guerra, de una tremenda movilidad humana, de incertidumbre, pero también en tiempos de sinodalidad a ser "artesanas/os del cuidado". Agradezco la invitación a ofrecer estas pinceladas de reflexión. Agradezco a mi Congregación, Hermanas de la Caridad del Verbo Encarnado, permitirme participar en este Congreso. Pero, sobre todo, agradezco a la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe, su interés por estar aquí, por seguir aprendiendo juntas y juntos, su capacidad de Encuentro. Agradezco a Dios que nos permita ofrecer un rostro de sinodalidad a nuestros hermanos y hermanas del continente.

Introducción

"Ya te lo he ordenado: ¡Sé fuerte y valiente! ¡No tengas miedo ni te desanimes! Porque el Señor, tu Dios te acompañará dondequiera que vayas" (Jos 1,9). Sigue subiendo la temperatura de nuestro mundo y sociedad, todos los termómetros siguen registrando nuevos récords. Los indicadores de pobreza, de desplazamiento humano, de calentamiento global, de violencia y hasta de soledad, superan proyecciones año tras año. ¿Se acercará el punto de inflexión? ¿Será que la nueva normalidad es esta volatilidad desconcertante? ¿Será que nos estamos acostumbrando a escuchar sobre desaparecidos y desplazados? En los últimos meses, con las imágenes que nos llegan de diferentes partes del mundo, varias personas me han preguntado consternadas: "hermana, ¿será el fin del mundo?" Mis explicaciones remiten a otros momentos históricos, a épocas de catástrofes y guerras, a momentos límite, pero me queda la duda. Tal vez, "nos" queda la duda.

A pesar de mi mejor esfuerzo, la imagen que una y otra vez me interpelaba al preparar esta reflexión fue la imagen de "El Coloso", que se atribuyó en su momento a Francisco de Goya, pero probablemente fue pintado por un discípulo suyo.2 La pintura también es conocida como El Gigante, El Pánico o La Tormenta. Cualquiera de los tres nombres vendría bien a nuestra situación actual. Sin duda, es obra de la época de Goya, tiempo de guerra y desafíos en la reconfiguración geopolítica que desataron los imperios Napoleónicos. Un período de sufrimiento y desplazamiento, como una y otra vez a lo largo de la historia, ha experimentado la humanidad. Vistas de cerca, estas pinturas son un espejo de las fotografías y videos que nos ofrecen nuestros dispositivos el día de hoy. La desolación, el dolor, el miedo retratado, interpelando. Aunque sea por un pasajero momento, tenemos que reconocer que por lo menos nos incomodan, interrumpen, cuestionan. Habría en tiempos de Goya, quien diría, mejor "otra pintura", como nuestras hermanas dirán, "ya no me prendas las noticias, no puedo ver más sufrimiento."

“Hermana, ¿será el fin del mundo?” Creo que si somos honestas/os, reconoceríamos que también a nosotras/os, personas de fe, nos inquieta el mismo pensamiento. Nos sigue costando trabajo reconocer que la evolución a más democracia, más dignidad humana, más bienestar que soñaron nuestros teólogos de la liberación, está cada vez más amenazada. Se siguen derrumbando nuestras ilusiones, tanto esfuerzo y no estamos mejor. Igual que nuestras familias y sociedades, la incertidumbre inquieta el alma, por lo menos en esas horas cuando el inconsciente no permite simulaciones o fórmulas de fe huecas de sentido.

El punto de partida de una reflexión sobre la comunidad y la contemplación como claves del cuidado no puede realizarse sin nombrar el miedo que nos paraliza y nos encierra. Aunque ya hace más de tres años que nos sorprendió la Pandemia, cuándo el Papa Francisco nos convocó a desafiar la tormenta, atendiendo a las palabras de Jesús, quien reprocha a sus discípulos diciendo “¿Por qué tienen miedo? ¿Aún no tienen fe?” (Mc 4,40),3 aún nos estremece el miedo. El Oblato español que vive en San Antonio, Saturnino Lajo, predicó este año sobre el miedo. “¿Cuál es tu historia con el miedo?”, nos preguntó y explicó que cada una de nosotras/os necesita conocer su historia del miedo para crecer en nuestra fe. Nuestras hermanas/os en situaciones más vulnerables tienen miedo, huyen de catástrofes naturales, hogares abusivos, comunidades violentas, de la crueldad de la guerra. Llegan los migrantes a todas nuestras fronteras y en los rostros hay hambre, tristeza y miedo. ¿Cuál es la historia del miedo en nuestro continente? ¿Cómo ofreceremos una artesanía del cuidado frente a esta arquitectura psicosocial del miedo? ¿Cómo seremos artesanas/os del cuidado si para empezar le tenemos miedo al futuro? Entre nuestros mayores hay hermanas/os valientes, pero hay otras/os que dudan del futuro, que murmullan su desánimo. Pesa el miedo al futuro en nuestras comunidades, allí tendrán que girar los tornos de las artesanas/os del cuidado.

Por eso, hablar del llamado a ser “artesanos” del cuidado sin tocar nuestro propio miedo sería perder el tiempo. Primero necesitamos atender el miedo. Suerte la nuestra que la Sagrada Escritura nos da permiso de tener miedo, que la Palabra de Dios resuena una y otra vez sobre tiempos como los nuestros, y muchas veces como mandato, no como recomendación. Las palabras a Josué vienen con órdenes y signos de exclamación: Ya te lo he ordenado: ¡Sé fuerte y valiente! ¡No tengas miedo ni te desanimes!” (Jos 1,9) Tan fuerte sería el miedo de los profetas que Dios tuvo que hablar con voz fuerte. El miedo ensordece, adormece, encierra, —solo una fuerte sacudida lo enfrenta—. Para ser “artesanos del cuidado” necesitamos superar el miedo, salir, escuchar, con-dolernos, conmovernos. Necesitamos el grito de Dios.

Inicio esta reflexión desde esta imagen, Vida Religiosa inserta en una humanidad que “huye” del “Coloso” con miedo y, a veces, pánico. Espero que nos incomode este encuadre; tal vez sea la única manera de reconocer que vivimos en una época postoptimista, como lo explica con claridad Tomáš Halik, donde ya no podemos decir que “todo está OK”. Después de todo, él dice “la esperanza cristiana es apertura y voluntad de buscar el sentido de lo que venga”.4 Desde esta interpelación, mi reflexión tiene dos partes. La primera hablará de la Comunidad en su dimensión relacional,

¿qué tenemos que atender para posibilitar el arte de ser hermanas y hermanos? La segunda entrará en la dimensión de la Contemplación

¿Cómo cuidamos el don recibido en nuestra vocación para ofrecer sentido?

Comunidad: Una vida comunitaria oxigenada

El año 2023 fue otro año más donde faltó el oxígeno en nuestro planeta. Cuando todavía abundan aquellos que tachan de fake news (noticias falsas) eso del cambio climático, las ciudades de Norteamérica perdieron la calidad de aire por los incendios forestales de Canadá durante varias

semanas. Increíble la extensión geográfica de esos incendios del 2023, sin precedentes. Millones de personas afectadas. Esa imagen se ha quedado conmigo porque creo que en nuestras comunidades religiosas necesitamos revisar la "calidad de aire." Inclusive tendríamos que preguntarnos si tenemos suficiente ventilación para que entren los vientos del Espíritu. Desde la pandemia nos hemos hecho muy conscientes de lo que significa perder el oxígeno. Con esta metáfora ofrezco algunas ideas de lo que está restando el oxígeno a la vida comunitaria y lo que la puede oxigenar más. Con seguridad, en las diferentes latitudes del continente habrá otras maneras de oxigenar.

¿Qué asfixia la comunidad?

Idealización: La Vida Religiosa no se puede entender sin comunidad, es uno de sus pilares característicos. Lamentablemente, nuestra comprensión de lo que es, puede ser, o inclusive ha sido la comunidad, todavía no se ha encarnado. Vivimos una tensión creciente entre el "ya" y el "todavía no" de la vida comunitaria, lamentando sus estrecheces, sus rutinas o su relajación. En la vida consagrada del continente nos encontramos con estilos de vida comunitaria que van desde lo pseudo-militar, con horarios rigurosos, a veces hasta castigadores —porque eso estructura a la vida comunitaria— hasta espacios bajo el mismo techo, con un individualismo militante, donde parecemos hostales de una ONG. En diferentes puntos intermedios encontramos comunidades hasta del mismo instituto, y en todos lados la tensión sobre cómo "debería ser la vida comunitaria".

Dependiendo del ambiente donde uno se encuentre, la Edad de Oro de la comunidad está en el pasado, porque antes éramos muchas/os, felices, y sabíamos lo que teníamos que hacer; o en el futuro, porque nunca hemos encontrado la vida comunitaria que tendríamos que ser. En todos los institutos del tono teológico que sean hay una tensión entre el ideal, la idea de cómo debe ser la vida consagrada y lo vivido. En Evangelii Gaudium, el Papa Francisco nos recordó que la realidad es superior a la idea:

supone evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría… La idea desconectada de la realidad origina idealismos y nominalismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan.5

La comunidad pierde oxígeno cada vez que uno de sus integrantes pierde de vista la realidad, olvida que encarnar es vivir con y entre la realidad humana que somos como consagradas/os. Claro que no se trata de crear círculos terapéuticos donde simplemente hablamos de desarrollo humano y personal, sino espacios donde el ideal de la comunidad no impida celebrar lo posible en la comunidad.

Desmemoria: La teología de nuestro continente nos pidió desarrollar la capacidad de la memoria histórica. Recordar es un sacramento en nuestra vida cristiana. Pero recordar requiere de una disciplina que incluya tanto luces como sombras en nuestras particulares historias de salvación.

¿Por qué nos encontramos una y otra vez religiosas/os desanimados que dicen: "esta no es la congregación a la que yo entré"? Les aseguro que siempre que he escuchado esta afirmación viene con un tono desolador, no necesariamente de gozo por la forma que la congregación ha evolucionado, sino con añoranza de lo desaparecido. Curiosamente, en esas expresiones nos encontramos frente a una memoria "editada". La memoria selectiva nos engaña, porque hemos borrado los momentos trágicos, los autoritarismos, los errores. Necesitaríamos una terapia comunitaria para recuperar las lagunas de nuestra memoria. Un ejemplo clásico es la deserción de los años 80 y 90. Nos falta una generación entera en la Vida Consagrada, cuando cientos de religiosos y religiosas salieron de

nuestros institutos, y, curiosamente, ese fenómeno no está escrito en nuestros relatos hagiográficos, ni lo enseñamos en la formación.

¿Imaginen lo útil que sería comparar la deserción de los últimos años con ese periodo de nuestra historia? A la comunidad le falta oxígeno cada vez que una parte de nuestra historia es omitida por el motivo que sea, doloroso o conflictivo. Porque entonces estamos comparando el momento presente con una versión esterilizada de nuestra historia. Si en el pasado hubo problemas, ¿porque no los mencionamos? de lo contrario, los problemas del presente toman una dimensión que desmoraliza.6

Auto-referencialidad y Narcisismo religioso: Nos debe cuestionar una Vida Religiosa egoísta, centrada en sí misma, en lo suyo, incapaz de cambiar de rutina o dejar "lo propio" por "lo urgente". La comunidad necesita sentido, misión, salida; en resumen, una razón para levantarse cada día. Cuando nuestra proyección apostólica está dejando de ser relevante, pierde energía. El carisma se energiza solo cuando estamos respondiendo a las necesidades humanas urgentes.7 Sin embargo, el peso de nuestros apostolados y las necesidades internas, ya sea la formación o el cuidado de mayores, nos está absorbiendo tanto, que no podemos responder con audacia a los retos de nuestro tiempo. Nuestro continente está atravesando el momento de mayor desplazamiento humano interno de la historia. Ciertamente, siempre hemos tenido migrantes y refugiados, pero ahora tenemos crisis en varias fronteras al mismo tiempo. La diáspora de refugiados se extiende a lo largo del continente. Sabemos que la situación está cada vez más crítica y que va en aumento.

La situación actual de Venezuela ha repercutido notablemente en los flujos migratorios de la región, y sigue constituyendo una de las mayores crisis de desplazamiento y migración del mundo. A junio de 2021, habían abandonado el país unos 5,6 millones de venezolanos, y aproximadamente el 85 % de ellos (alrededor de 4,6 millones) se habían trasladado a otro país de América Latina y el Caribe. La inmensa mayoría de estos migrantes han abandonado el país en los últimos cinco años. Entre los principales destinos de los refugiados y migrantes venezolanos dentro de la región figuran Colombia, el Perú, Chile, el Ecuador y el Brasil.8

Si esta es la necesidad humana urgente de nuestro continente, entonces por qué nuestras respuestas han sido tan limitadas, y a veces hasta individualizadas. Estoy segura de que en todas nuestras comunidades tenemos un puño de religiosas o religiosos atendiendo a nuestras hermanas y hermanos migrantes, pero ¿por qué no hemos creado nuevos apostolados, redirigido nuestra energía apostólica?

Hay que hacernos esta pregunta personal y colectivamente, como examen de consciencia. Pero me atrevo a proponer que tiene que ver con nuestra versión de la "auto referencialidad." Nos hemos vuelto sistemas cerrados que atienden lo propio, a los nuestros, lo nuestro. Estoy sorprendida de las veces que dentro de nuestros institutos escucho: no tenemos tiempo, o no tenemos hermanas para poder destinar a un apostolado con migrantes. Una y otra vez, optamos por lo interno, ¿por qué? ¿Será nuestra incapacidad de enfrentar la reconfiguración que es necesaria para liberar energía a las necesidades humanas urgentes? ¿Será el miedo a dejar lo conocido, nuestra rutina que conforta por ir hacia lo incierto? Habría que pensar bien cuál es la pregunta. Sospecho que en muchos casos encontraremos que una de las respuestas es nuestra versión de la autoreferencialidad.

Al igual que la autoreferencialidad, el narcisismo religioso le quita oxígeno a la comunidad. Cada vez aparecen más reflexiones al respecto. El autor Christopher Lasch en la Cultura del Narcisismo explicó que el "narcisismo se trata del control. Es el rechazo a vivir con las limitaciones ordenadas por Dios para la existencia como criaturas. Paradójicamente, el deseo de ser superhumanos nos deshumaniza, creando caos en nuestras relaciones".9 Nuestras convivencias comunitarias ahora

están amenazadas por un individualismo que se ha ido transformando en nuestra versión del narcisismo religioso. Quizá una de las evidencias de esto es el desgaste que mostramos cuando limitamos nuestra entrega, nos mostramos menos dispuestas/os e inclusive le tenemos aversión al sufrimiento. Cuando en la comunidad aparece una fe que adormece o que nos retrae de la realidad humana, vamos trivializando la fe cristiana. "La fe en la Resurrección no debe trivializar lo trágico de la vida humana, no nos posibilita zafarnos de la carga del misterio (incluido el misterio del sufrimiento y de la muerte), no tomar en serio a los que luchan con la dificultad por mantener la esperanza, a los que soportan "la fatiga y el calor del día" de los desiertos exteriores e interiores de nuestro mundo." Halik ofrece esto a propósito de "la fe barata, que hoy nos es ofrecida desde todas las partes en torno nuestro".10

Excepcionalísimo: Finalmente, le falta oxígeno a la comunidad cuando prevalece una comprensión de la Vida Consagrada como excepcional. Hablamos de los riesgos del clericalismo y las conversaciones del proceso sinodal lo denuncian una y otra vez. El documento de la etapa continental resumía los aportes de todo el mundo en esta área diciendo:

El clericalismo se considera una forma de empobrecimiento espiritual, una privación de los verdaderos bienes del ministerio ordenado y una cultura que aísla al clero y perjudica al laicado. Esta cultura separa de la experiencia viva de Dios y daña las relaciones fraternas, produciendo rigidez, apego al poder en sentido legalista y un ejercicio de la autoridad que es poder y no servicio… Expresan un profundo y enérgico deseo de formas en el ejercicio del liderazgo —episcopal, sacerdotal, religioso y laico—que sean relacionales y colaborativas, y de formas de autoridad capaces de generar solidaridad y corresponsabilidad. 11

El excepcionalísimo se relaciona con el clericalismo. Hemos reflexionado sobre el proceso sinodal como antídoto al clericalismo. La reflexión de CELAM y REPAM al respecto advierte que "una Iglesia configurada en el binomio clero-laicas/os engendra el clericalismo, que impide una Iglesia en comunión y participación de todas y todos en la misión".12 La Vida Consagrada tiene su versión de clericalismo y aunque los religiosos no ordenados todos somos laicos, todavía operamos desde un paradigma con una jerarquía de clericalización preconciliar. Probablemente en lugar de evolucionar de una comprensión de la Vida Consagrada como la vida de perfección a una vida inserta en la vida humana, lo que fuimos gestando fue una versión moderna de esta separación. Cada vez que escuchamos afirmaciones como "no es lo mismo sin las hermanas," o "es mejor que sea una hermana" delatamos nuestro excepcionalísimo. La resistencia a integrar a nuestras hermanas laicas y laicos, la sospecha de su entrega que va más allá de la necesidad de rendir cuentas, la insistencia muestra que aún mantenemos rezagos de este pensamiento preconciliar. Mientras no superemos la tentación de que la vida consagrada es ontológicamente diferente del resto de pueblo de Dios, mientras no encontremos que nuestra vocación, aunque diferente, no nos separa del resto de los fieles, estaremos cultivando un excepcionalismo que nos impide crear las redes y los vínculos dentro y fuera de la Iglesia que energizarán a la Vida Consagrada.

¿Qué oxigena la comunidad?

Aprendimos durante la pandemia a ventilar y a mejorar la calidad del aire de nuestros espacios. Como pudimos, buscamos remedios, desde los más caseros hasta los tecnológicos. Purificadores de aire y luces ultravioleta aparecieron en las tiendas, incensarios y hierbas en los mercados. Reconocimos que había que cambiar de aires cada vez que teníamos reuniones y actividades comunitarias. Me pregunto si esa misma lección la hemos llevado a nuestra cultura comunitaria. Para cuidar la comunidad necesitamos cuidar la ventilación. La vida comunitaria requiere oxigenarse para recuperar la vitalidad que necesita para enfrentar el momento que estamos atravesando y para darle

futuro a nuestros carismas. Para cuidar la comunidad en la vida consagrada necesitamos hacer algunos cambios. Aquí señalo solo algunas claves que podrían ayudarnos a cuidar la comunidad.

Moverse/Itinerancia: La vida consagrada tiene que moverse. El tiempo ahora apremia. Tenemos probablemente una última oportunidad para dar el giro que aportará nueva vida a la vida consagrada, si entendemos lo que nuestra demografía nos está diciendo. Cuidar la comunidad requiere de la capacidad para discernir que es tiempo de moverla. Es tiempo para el discernimiento activo y para agilizar el cambio, y no para buscar pretextos que lo detengan o lo aplacen. Cierto es que el tiempo es superior al espacio, pero como explica Evangelii Gaudium: "El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno. Se trata de privilegiar las acciones que generan dinamismos nuevos en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que las desarrollarán, hasta que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos".13 Seguir demorando nuestras decisiones, porque son difíciles, porque nos sometemos a la tiranía del consenso, porque estamos esperando un milagro pone en riesgo el futuro de la comunidad.

El Oblato Ronald Rolheiser ofreció una reflexión a mi comunidad en preparación para nuestro capítulo general y explicó que la Vida Consagrada tenía que resistir la hipotermia.14 Explicó que cuando el cuerpo humano está expuesto a la hipotermia, el organismo primero protege los órganos vitales dejando de circular sangre en las extremidades. Cuando inicia ese proceso es vital moverse a ambientes adecuados, de lo contrario poco a poco se pierden dedos, manos, pies, y eventualmente el organismo es incapaz de proteger órganos vitales y el cerebro. De hecho, es una muerte lenta que eventualmente afecta al cerebro, ocasionando que la persona no pueda pensar claramente y luego al corazón. La analogía me pareció fuerte cuando la presentó, pero la metáfora se comprueba en nuestros institutos. El trabajo de reorganizar comunidades, de energizar espacios y dejar la atomización geográfica está poniendo cada vez más en riesgo a nuestros institutos. Poco a poco va perdiendo energía nuestra presencia. La vitalidad comunitaria se pierde cuando no hay suficiente dinamismo, y eso es imposible cuando vivimos tan aislados unos de otros y, en muchos, casos en casas que se habían dispuesto para comunidades de varias hermanas/os. ¿Estaremos llegando a los grados de hipotermia donde nuestra capacidad de toma de decisiones está cada vez más disminuida?

El cambio de espacio, de mentalidad, de ministerio nos cuesta. Le tenemos miedo anticipado al duelo de dejar lugares emblemáticos y personas queridas. Pero al mismo tiempo, en muchas ocasiones, una vez consumado nos confirma que era necesario. Muchas comunidades estamos sufriendo cierres y despedidas, pero una y otra vez encontramos religiosas/os que dicen, me hizo bien el cambio, logré al fin desprenderme de tantas cosas que no necesitaba, me dio la sensación de iniciar de nuevo. El cambio y la itinerancia serán indispensables para oxigenar la comunidad.

Superar el trauma generacional: La Vida Religiosa inicia un cambio generacional sin precedentes. La generación que respondió al Concilio con entusiasmo, que buscó sus expresiones concretas en nuestro continente, está en plena etapa de jubilación. Su edad promedio obliga su retirada de las obras apostólicas, del ministerio activo y también de los puestos de liderazgo de nuestros institutos, aunque "la más robusta viva 100 años". Ofrezco que este cambio generacional será uno de los más difíciles de la vida religiosa contemporánea. El perfil demográfico de los institutos de vida consagrada, en diferentes partes del continente, lo pronostica. Primero porque es una generación muy grande y segundo por el vacío en las generaciones que le siguieron (las salidas), y tercero, porque las generaciones que vienen siempre han sido muy pequeñas e inclusive han visto una deserción significativa en los últimos cinco años.

Frente al relevo generacional quiero ofrecer como una metáfora la construcción de la Basílica de la Sagrada Familia en Barcelona. El espacio magnífico que desde el 2010 se puede visitar inició su construcción en 1882, 140 años y todavía le falta. Las formas, la luz, los espacios crean un ambiente sagrado que inspira trascendencia. Podía decirse que es un sagrario arquitectónico, hermosamente tallado en su exterior, con una amplitud sacrosanta bañada de luz multicolor en su interior. La lección nos la ofrece Antoni Gaudí, su brillante arquitecto modernista, el único creyente de su gremio, que al ser entrevistado sobre iniciar una obra que no vería terminar afirmó: "ya sé que el gusto personal de los arquitectos que me sucedan influirá en la obra, pero eso no me aflige: creo que incluso beneficiará el Templo. […] Los grandes templos nunca han sido obra de un solo arquitecto". La generación que está jubilándose tendría que preguntarse si está dispuesta a confiar esta obra, que es la Vida Religiosa a quienes vienen y la generación que necesita asumir la responsabilidad de nuestros institutos necesita preguntarse si está dispuesta.

La demografía en la Vida Consagrada ha sido un lastre entre nosotras/os por varias décadas. El tema numérico nos ha consumido. En el norte del continente hasta diseñamos herramientas para proyectar nuestro cambio numérico, valiosísimas para la planeación estratégica, pero desmoralizantes en muchos ambientes.15 Digamos que, desde mi ingreso a la Vida Consagrada, teníamos proyecciones de cuántas seríamos 30 años después. En varios lugares hemos reflexionado cómo el número de religiosas/os, el número de vocaciones, el número de obras ha creado una narrativa de disminución.

En su centro, la narrativa de la disminución nos disminuye a todos. A toda vocación. A toda la Iglesia. Y sobre todo disminuye a Dios. Su origen es un dios pequeño, un dios corporativo que se suscribe a las nociones humanas del progreso y el crecimiento en lugar del patrón rítmico del dar fruto. La narrativa de la disminución refleja nuestros miedos y nuestra relación incómoda y no resuelta con la muerte. Yo creo que en el corazón de esta narrativa está la sospecha, si no inclusive el murmullo, aunque sea tácito, que rechaza tanto la Encarnación como la Resurrección.16

En lugar de reconocernos como suficientes, vivimos en constante comparación con nuestros números anteriores. Listas o no, la transición demográfica atraviesa su momento más intenso, acelerado por la pandemia. Ahora sí, la realidad de nuestras pirámides de edad apremia la transición. Sin duda, para oxigenar la vida comunitaria, para cuidarla; necesitamos una postura proactiva frente al cambio generacional. La reflexión/acción sobre sucesión generacional es urgente en todos nuestros institutos.

Cuidar a las/os mayores en clave misionera: Nuestra cultura valora a las personas mayores. A pesar de los cambios sociales y de la evidencia de más soledad en las personas de la tercera edad, todavía en nuestras comunidades buscamos maneras de hacernos presentes y acompañar esta etapa de vida. Sin embargo, tendríamos que asegurarnos que el cuidado de nuestras/os mayores no sea la expresión más reciente de la "fuga mundi". Necesitamos mantenernos alertas cuando la mayor parte de la energía de nuestros equipos de liderazgo y de nuestras/os escasas/os hermanas/os jóvenes está en atender a las/os mayores. ¿No será momento para otros modelos? ¿Qué pasará con nuestra proyección apostólica? No argumento ausentarnos del cuidado, pero sí de equilibrarlo. "Both/and", diríamos en inglés. Necesitamos atender las dos cosas, "eso/ y esto", el cuidado de mayores y la proyección de una comunidad en misión. Además, necesitamos revisar que el cuidado de mayores no nos esté encerrando tanto, que estemos perdiendo de vista lo que está sucediendo en nuestros entornos, sobre todo por la falta de espacios de encuentro. Si hemos de ser "mujeres del Alba", tenemos que revisar nuestra capacidad de salir al amanecer.

La Vida Consagrada debe ser una vida encarnada, inserta, una vida que "habita entre nosotros". Pero la verdad es que cada vez nos encerramos más. Claro, porque somos mayores, pero, aun así, habría que examinar si esto no es el mejor pretexto para aislarnos y separarnos aún más de la vida ordinaria. Nuestras actividades y nuestro alcance geográfico son cada vez menor, inclusive el de nuestras hermanas/os medianas/os. ¿Por qué?

¿Será miedo? Miedo a nuestra irrelevancia en el mundo que vivimos, miedo a que las nuevas generaciones en nuestras sociedades postcristianas no nos dan los lugares de primacía a los que estábamos acostumbradas/os. Miedo a los diálogos con esas personas que no encuentran ni sentido, ni relevancia en los espacios de Iglesia. El riesgo de seguir encerrándonos, por muy loables y justas que sean las causas, es inclusive mayor polarización y desconfianza. Perder la calle, diría el poeta mexicano Javier Sicilia,17 es perder lo humano, lo social, la convivencia. Tomáš Halik en la Tarde del Cristianismo interpela este movimiento a nuestras casas, muchas veces justificado porque estamos cuidando a las/os mayores, con una pregunta que todavía me estremece: "¿Cómo contrarrestar los intentos de hacer de la Iglesia un gueto, un búnker cerrado con llave, un mausoleo de las seguridades del pasado o el jardín privado para consumidores de drogas calmantes?"18

Confiar en las medianas/jóvenes: La generación joven se nos hizo mediana, y en realidad se encuentra en la antesala de la tercera edad. Creo que eventualmente este cambio será una bendición para la Vida Consagrada que apenas se entrevé. Ya la anterior generación que siempre había sido "joven" en Vida Religiosa comparada con la generación más numerosa está por cumplir 80 años, y el pequeño resto que le sigue este en plena medianía. Ya no es tiempo de argumentar falta de experiencia o madurez. Entonces, ¿por qué seguimos diciendo que nuestras/ os hermanas/os de más 40 o 50 años todavía "no están listas/os"? La oportunidad es única. Tenemos religiosas/os medianas/os, lo cual será una bendición para nuestros Institutos siempre y cuando podamos realizar el cambio generacional con sabiduría. El tiempo de otoño me recuerda esta transición siempre, para que broten nuevas hojas, las otras deben de soltarse. Sin embargo, en algunos institutos no acabamos de ceder el paso a esta generación. Por un lado, hay una desconfianza generacional que ocasionó pocas expectativas de esta generación de relevo. Y, por el otro, la generación mediana cumplió con las bajas expectativas. Una profecía que se autocumplió. ¿Por qué no confiamos, por qué no queremos asumir responsabilidades mayores? Una y otra vez estamos reciclando líderes, porque las medianas/os (no tan jóvenes) no están listas/os o no quieren. Generalizamos de ambos lados y sin analizar las causas sistémicas.

¿Desconfianza, incompetencia, frustración, o acedia? ¿Qué explica la dificultad para dar el paso definitivo en esta transición generacional?

Las generaciones relevo en conjunto son pequeñas, de ninguna manera se comparan con las generaciones de nuestras/os octogenarias/os. Esta escasez numérica en la primera mitad de su vida consagrada probablemente creó las circunstancias que ahora le restan fuerza carismática. Perdimos las conexiones horizontales de las generaciones dentro de nuestros institutos porque era mejor que conviviera una/o o dos jóvenes con las hermanas/os más grandes en las comunidades. Ahora parten a las casas de retiro las/os mayores y nos encontramos con desconocidas/os en nuestra generación, con vínculos afectivos más bien creados verticalmente porque nos faltó la horizontalidad. Hemos sido sobre todo hijas/os, pero ahora tendremos que ser hermanas/os. Todas esas tentaciones que debilitaron estos lazos sororales/fraternales, ahora las tenemos que superar, hayan sido tan humanas como la envida y la competencia, o tan sencillas como la distancia o la diversidad apostólica.

A pesar, de las circunstancias, tanto personales como sistémicas, que han dividido y menguado a esta generación, a mi generación; ahora estamos en una coyuntura clave, sobrevivimos las crisis de

salida, el demonio de medio día, atravesamos la menopausia, y la postpandemia. En realidad, hermanas y hermanos "medianos" ahora nos toca ser las/os mayores. Nuestras generaciones grandes, quieran o no, estén listas o no, ahora están entregándolo todo, el liderazgo, los proyectos comunitarios, y en algunos casos la vida. Lo estamos recibiendo. ¡Qué oportunidad! Ahora dependerá de nosotras/os si solo nos queremos hacer viejas/os o también queremos ser sabías/os. Enfrentamos la segunda mitad de nuestra vida consagrada, a propósito de la imagen que ofrece el Franciscano Richard Rohr.19 Para cuidar a la comunidad necesitamos disponernos para la transición generacional todas las religiosas/os. Las/os mayores necesitarán bendecir, confiar y a veces soportar. Las/os medianas/os necesitarán asumir, revitalizar y a veces perdonar. Creo que nos sorprenderán los aires nuevos que traerán estas generaciones, nuevos enfoques, otras actividades. Para cuidar, ¡confiemos!

Apasionarnos más por lo sinodal: Una tercera manera de oxigenar la comunidad es dejar entrar el aire de afuera. Sabemos desde hace tiempo que la intercongregacionalidad no es solo una moda, sino el único camino al futuro de la Vida Consagrada. Tenemos ejemplos vitales de proyectos y experiencias intercongregacionales que ahora demuestran claramente que este es el camino. La colaboración en proyectos de misión como las redes de nuestro continente que luchan contra la trata de personas o los espacios de formación intercongregacional ya van cumpliendo dos décadas. Las generaciones medianas y más jóvenes, todas se formaron en estas experiencias, conocen y son amigas de compañeras/os religiosas/os de otros institutos. Es hora de acelerar la colaboración en todos los niveles. Encontramos ahora una oportunidad en crear formas de apoyarnos en el cuidado de nuestras/os mayores. Además, las áreas de posible colaboración son considerables. Aplaudo los esfuerzos de la Fundación Hilton por apoyar proyectos colaborativos en diferentes espacios y proyectos del continente.20 Esta colaboración ya está transformando la Vida Consagrada del continente. Estamos cuidando la comunidad cada vez que favorecemos la conexión, cada vez que buscamos seguir tejiendo redes.

Hemos presumido que la Vida Consagrada es un espacio privilegiado de sinodalidad. Después de todo, el proceso de discernimiento comunitario que muchas/os conocemos como círculo sagrado, nombrado Conversaciones Espirituales por el sínodo, ha sido una práctica de nuestros institutos por más de 20 años, en algunos casos. Inclusive podríamos afirmar que los procesos sinodales los hemos venido desarrollando desde el Concilio Vaticano II. Claro que por lo mismo sabemos que son procesos lentos, que los diálogos no siempre terminan en acuerdos y que, a veces, nos tienta el "asambleísmo", o el consenso toma rehenes a las decisiones. Pero ahora estamos llamadas/os a redoblar los esfuerzos, a crear verdaderos laboratorios de sinodalidad y a participar activamente de la formación en estos procesos con el resto de la Iglesia y sociedad. En el retiro a los participantes del sínodo, el Dominico Timothy Radcliffe subrayó con frecuencia la importancia de ofrecer un pensamiento inclusivo frente a la creciente polarización en Iglesia y sociedad.21

Una Vida Consagrada sinodal cuidará la comunidad porque la oxigenará el regalo de la diversidad y de los encuentros con otras y otros. Nos moverá de lo intercongregacional a lo intercultural e inclusive a lo interreligioso. Pero creo que la oportunidad más importante está en la colaboración con laicas y laicos. Uno de los regalos más importante que le estamos ofreciendo al proceso sinodal son las décadas de colaboración en nuestros apostolados con los laicos. La transición en esos espacios ahora está rindiendo frutos muy importantes. Ya sea en colegios, hospitales o proyectos comunitarios, en muchos casos ya vamos en la segunda generación de líderes laicos. Hemos creado espacios de formación, de rendición de cuentas, de apropiación del carisma y la misión. Y los resultados son sorprendentes. Los espacios ministeriales donde hemos creado confianza y estructuras para la participación de laicos han energizado nuestro carisma. ¿Cuántas veces no

escuchamos, soy "La Sallista" o "Teresiano"? La verdad es que los laicos han tenido en nuestras obras las oportunidades de liderazgo que muchas veces les han sido negadas en espacios más clericalizados de nuestra Iglesia. Nuestras obras apostólicas han sido escuelas de comunión, participación y misión. Debemos celebrar que ofrecemos a la Iglesia laicos comprometidos con la Misión de Jesús y décadas de experiencia que demuestran que se puede.

Reflexión final a propósito de cuidar la dimensión relacional

Vivimos una coyuntura de nuestra historia fascinante. Estamos ya viendo el futuro, estamos ya gestando la Vida Consagrada que Dios llamó para ese futuro. Lo único que necesitamos para cuidar la comunidad es vencer el miedo. El que conocemos y el que falta nombrar. Nos demuestran los movimientos de nuestro continente, que el miedo se vence con otras y otros, que el miedo se vence en salida. Volvamos a abrir las ventanas, llenemos de oxígeno a nuestras comunidades, de la "neuma" del Espíritu

1 Religiosa mexicana, de la Congregación de las Hermanas de la Caridad del Verbo Encarnado desde 1994. Sirvió en la presidencia de la Conferencia de Religiosas de E.U.A. (LCWR) de 2016 a 2019. Ha prestado servicios de liderazgo en los colegios CCVI de México, formó parte del Equipo General de Liderazgo de la Congregación durante seis años (2008-2014) y fue elegida como Coordinadora General de su Congregación en 2014.

2 "El coloso y su atribución a Goya" en el Sito del Museo del Prado, donde se encuentra la obra explica que llegó a ser la ilustración obligada de la Guerra de Independencia de España a principios del siglo XIX; 21 de septiembre de 2011. Consultado el 18.11.23, https://www.museodelprado.es/aprende/investigacion/ estudios-y-restauraciones/recurso/el-coloso-y-su-atribucion-a-goya/661a409d-72c2-48dd-9247-34a241f81f43

3 Bendición "Urbi Et Orbi" del Santo Padre Francisco, Momento Extraordinario de Oración en Tiempos De Epidemia, Atrio de la Basílica de San Pedro, viernes, 27 de marzo de 2020, https://www.vatican.va/content/francesco/es/ messages/urbi/documents/papa-francesco_20200327_urbi-et-orbi-epidemia. html#:~:text=Se%C3%B1or%2C%20bendice%20al%20mundo%2C%20 da,a%20merced%20de%20la%20tormenta. Consultado 10.28.2023.

4 Tomáš Halik, *Paradojas de la fe en Tiempos Posoptimistas*, Barcelona: Herder, 2005, 2012, p. 13.

5 *Evangelii Gaudium*, No. 231, 232

6 Escribí una reflexión al respecto en el boletín para la Formación de la *Religious Formation Conference*, "Backwards to Move Forwards: History Matters in Formation", Summer 2023, *InFormation*, p. 6-8.

7 Ver Bernard Lee, SM, *The Beating of Great Wings: A Worldly Spirituality for Active Apostolic Communities*, Twenty-Third Publications, 2004.

8 OIM, Naciones Unidas, *Informe sobre las Migraciones en el Mundo 2022*, https:// publications.iom.int/books/informe-sobre-las-migraciones-en-el-mundo-2022, Consultado 11.10.2023, p. 101.

9 Citado en el libro Chuck DeGroat, *When Narcissim come to Church*, Illinios, InterVarsity Press, p. 3. (traducción mía).

10 Halik, *Paradojas de la Fe en tiempos postoptimistas*, p.20.

11 Sínodo 2021-2024, *Documento de Trabajo para la Etapa Continental*, No. 58,59. https://www.synod.va/content/dam/synod/common/phases/continental-stage/ dcs/Documento-Tappa-Continentale-ES.pdf Consultado 10.27.2023.

12 Contribución de CELAM y REPAM, "Sínodo sobre la Sinodalidad, Etapa Continental," *Revista CLAR*, No. 1 (2023), p. 28.

13 EG No. 223.